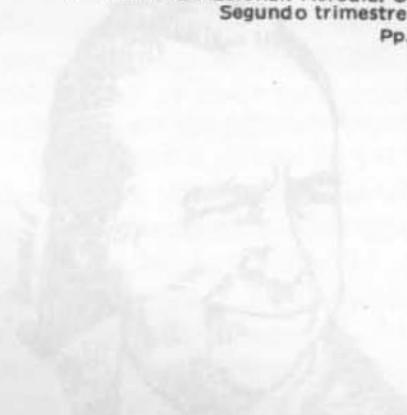


LA REVOLUCION EN LATINOAMERICA

José Figueres

DISCURSO DE JOSÉ FIGUERES
EXPRESIDENTE DE COSTA RICA EN
NUEVA YORK EN MAYO DE 1981.



El mundo que vivimos hoy es el resultado de un proceso de cambios que se inició en la década de los sesenta y se aceleró en los setenta. Este proceso ha sido el resultado de una serie de factores que han actuado en conjunto para producir una profunda transformación en la estructura económica, social y política de los países latinoamericanos. Este proceso ha sido el resultado de una serie de factores que han actuado en conjunto para producir una profunda transformación en la estructura económica, social y política de los países latinoamericanos. Este proceso ha sido el resultado de una serie de factores que han actuado en conjunto para producir una profunda transformación en la estructura económica, social y política de los países latinoamericanos.

El mundo que vivimos hoy es el resultado de un proceso de cambios que se inició en la década de los sesenta y se aceleró en los setenta. Este proceso ha sido el resultado de una serie de factores que han actuado en conjunto para producir una profunda transformación en la estructura económica, social y política de los países latinoamericanos. Este proceso ha sido el resultado de una serie de factores que han actuado en conjunto para producir una profunda transformación en la estructura económica, social y política de los países latinoamericanos.

JOSE FIGUERES FERRER

Jefe de la triunfante Revolución de 1948. Fundador del Partido Liberación Nacional. Expresidente de la República de Costa Rica.

LA REVOLUCION EN LATINOAMERICA

**DISCURSO DE JOSE FIGUERES,
EXPRESIDENTE DE COSTA RICA, EN
NUEVA YORK, 2 DE MAYO DE 1959.**

Señores, yo agradezco mucho al Partido Revolucionario Dominicano la oportunidad que me ha brindado de reunirme esta noche con un grupo numeroso de dominicanos, nicas, cubanos y otros compatriotas de América Latina. Este festejo es un eslabón en una gran cadena. Tenemos emprendida una lucha larga por limpiar de dictaduras nuestra parte de América. Han triunfado ya las fuerzas libertarias en muchos países nuestros. Están todavía por triunfar, y triunfarán, los pueblos de Nicaragua y la República Dominicana.

En los albores del triunfo, es conveniente que los revolucionarios hagamos examen de conciencia, y propósito de conducta futura. Nuestra revolución tiene que llevar en sí un gran sentido de responsabilidad. Responsabilidad en los métodos que se empleen para derrocar las dictaduras. Responsabilidad en los gobiernos que surjan después, y responsabilidad en tener presente siempre que los sacrificios de tantas vidas latinoamericanas no deben producir gobiernos superficiales, ni gobiernos deshonestos, ni gobiernos demagógicos, ni gobiernos comunizantes, ni gobiernos dictatoriales.

Es necesario que tracemos en América ciertas líneas, porque ya se están observando efectos indeseables de nuestro gran esfuerzo revolucionario. Efectos indeseables, digo, como los que vienen por impulso, como el que acaba de presenciarse en el intento de derrocar un gobierno legítimamente constituido en la República de Panamá. Hace dos o tres meses hubo un atentado contra el gobierno de Honduras. Señores, nosotros no somos revolucionarios profesionales. No estamos en el negocio de

derrocar gobiernos. Nosotros estamos en la actividad sana de establecer gobiernos legítimos, y en la actividad igualmente sana de mantenerlos después.

No es malo que desde ahora los pueblos de la República Dominicana y de Nicaragua, próximos a liberarse, se vayan acostumbrando a la idea de que cualquier régimen que surja del derrocamiento de las dinastías en su país no podrá satisfacer las aspiraciones de todos los ciudadanos. Tendrá que avanzar más despacio de lo que todos nosotros quisiéramos, en materia económica y social, y tendrá que actuar, en una u otra actividad, en un sentido diferente del que algún ciudadano o algún revolucionario quisiera. Yo creo que ése es uno de los mayores convencimientos que debemos llevar en la lucha. No es humanamente posible que los gobiernos posrevolucionarios nos complazcan a todos.

Como remedio para esa falta de conformidad con lo que hagan los gobiernos democráticos, debemos pensar que la vida de los pueblos es larga, y los períodos constitucionales son cortos. Cada gobierno que vaya viniendo enmendará el rumbo de nuestros países, si necesitare ser enmendado. El único norte invariable, lo único en que debemos ser intransigentes, es en exigir que las puertas del sufragio se mantengan abiertas siempre, de par en par.

Que ningún gobierno hijo de la revolución ansíe quedarse en el poder, sin la formalidad de un honesto mandato popular. Que quienes hemos alcanzado el gobierno con las armas, estemos siempre dispuestos a dejárnoslo quitar con los votos. Las revoluciones, si son positivas, donde se reafirman es en la oposición. Un movimiento revolucionario, al revés de lo que se cree, necesita alterabilidad en el poder. Un partido revolucionario necesita ejercer sus músculos opositores, sus facultades de estudio y de retiro, la capacidad de sus

hombres en la vida privada, sus medios de observación en la llanura, y su aptitud en la lucha electoral para reconquistar el poder. ¡Ay del partido revolucionario que llegue a creer que la continuidad en el gobierno le es indispensable para el desarrollo de su programa! Este es el espejismo de los regímenes totalitarios.

Tal vez la revolución de Costa Rica, conducida por el histórico Movimiento de Liberación Nacional, es un buen ejemplo de alternabilidad en el poder.

Cuando nuestra acción armada triunfó por primera vez en Costa Rica en 1948, el movimiento victorioso se comprometió a restablecer el orden constitucional en un término de dos años. Sin embargo, al año y medio entregó el poder a un gobierno electo, por considerar que no se justificaba prolongar la interinidad, que casi siempre es indeseable.

Estuvimos cuatro años fuera del gobierno, bajo un régimen nada revolucionario, y volvimos al poder, por la vía electoral, en 1953.

Al celebrar elecciones nuevamente, en 1958, nos parecía que todavía el prestigio de las armas, aunque largo tiempo envainadas por nosotros, podría despertar suspicacias, dentro o fuera de Costa Rica. A pesar de que el proceso electoral está en manos de un tribunal nombrado por la Corte Suprema de Justicia, tomamos una precaución más, como garantía adicional para las fuerzas opositoras, y para la opinión pública americana: mi gobierno solicitó, y obtuvo, una comisión de observadores de las Naciones Unidas.

Desde el poder, tuvimos el honor de perder la Presidencia de la República, ante una coalición de todos los demás partidos, aunque ganamos la mayoría parlamentaria.

Cuando los votantes quieran, volverá nuestro movimiento a ejercer el poder ejecutivo. Lo interesante es que la revolución sigue adelante, con cualesquiera alternativas, porque es una revolución educativa, porque se basa en planteamientos lógicos, en estudios, en creación de organismos y en difusión de ideas.

Mientras tanto, el derecho electoral se consolida más y más en Costa Rica.



José Figueres Ferrer

Dada la historia de la América Latina, si nuestras revoluciones no llevan ya en el alma el convencimiento de que deberán alternar en el poder con otras ideologías democráticas; si los revolucionarios no están dispuestos a oír censuras, y a ver a sus países gobernados por gentes que no les son gratas; si quieren ir subiendo siempre y no comprenden la conveniencia del pequeño llano a la mitad de la cuesta; si no han de saber flanquear, hacer un rodeo, cuando el ataque frontal no convenga; si no hay desde ahora en nuestros movimientos democráticos el respeto por lo que surja después, en los períodos electorales y gubernativos subsiguientes, entonces, señores, las revoluciones están fracasadas desde ahora.

En vano estaremos haciendo todos estos sacrificios, si dentro de nuestra programación, dentro del planeamiento de todo aquello que queremos realizar, no llevamos por base fundamental el respeto a la crítica, que suele ser un elemento moderador, y el respeto al sufragio, como única fuente del poder.

Si no estamos convencidos de que vale más un mal gobierno que una buena revolución, mientras el camino electoral esté abierto; si no sentimos una juiciosa sospecha de que, en las discrepancias de parecer, los equivocados podemos ser nosotros, tanto como nuestros adversarios; si no estamos convencidos ya, desde ahora, desde la época de la

lucha, de todas esas duras verdades democráticas, ¡no hagamos revolución! Pues para volver a una situación anterior, con ligeras variantes, vale más no derramar sangre humana.

Especial mención merece en este momento de la historia del mundo, al hablar de las revoluciones de América, la presencia del movimiento comunista internacional en nuestras luchas políticas. Nosotros, los demócratas, no podemos adversar ninguna ideología por sí misma. No podemos ser "anti" nada. Debemos ser respetuosos de todas las ideas, y sentirnos positivamente pro democráticos. Pero necesitamos rechazar cualquier doctrina, de izquierda o de derecha, especialmente si es internacional, que desconozca el derecho al sufragio, por considerarlo como una institución burguesa; que pretenda llevar a cabo la transformación social por la vía autoritaria; que menosprecie el acervo cultural de Occidente, y la filosofía política y cristiana de nuestra civilización. Si hay algún elemento de esa naturaleza inmiscuido en nuestras revoluciones, ya sea comunista o fascista, rotundamente debemos rechazarlo.

No estamos llevando adelante la revolución democrática por servilismo con Estados Unidos de Norte América, nación poderosa que se encuentra hoy en guerra fría con la Unión Soviética. Nosotros estamos frente al comunismo como hemos estado frente a todas las dictaduras, estén ellas con o contra Estados Unidos. Y dijo esto porque durante la segunda guerra mundial la Unión Soviética fue aliada de Estados Unidos, mientras nosotros en Costa Rica nos batíamos con los comunistas. Y ahora estamos luchando contra las dinastías de Trujillo y Somoza, que suelen hacerse pasar por protegidas de Estados Unidos.

Es cierto que nosotros buscamos un mejoramiento de las relaciones entre la América Latina y Estados Unidos; un mejoramiento de pueblo a pueblo, y no meramente entre gobiernos. Hay mucho que mejorar en ambas partes. Hay mucho que corregir, y debe corregirse. Porque sobre todas las diferencias, está la concepción común democrática, filosófica y cristiana. Nosotros no podemos, dentro de la familia de naciones occidentales, ser traidores a la gran causa de nuestra civilización.

Bien está que, dentro del espíritu de solidaridad hemisférica y occidental, reclamemos lo nuestro; y también que oigamos a los norteamericanos

cuando reclamen lo suyo. Algunos de los resentimientos son justificados, por ejemplo: es cierto que mientras Estados Unidos ha estado en guerra fría con la Unión Soviética, la América Latina no se ha dado cuenta cabal de la magnitud del peligro. ¡Pero también es cierto, y tal vez más dolorosamente cierto, que mientras la América Latina ha estado, especialmente desde 1948, no en guerra fría, sino en guerra caliente, en guerra de balas, en guerra de cárceles, en guerra de exilios y en guerra de torturas por la causa de la libertad, Estados Unidos no se ha dado cuenta de los sufrimientos nuestros!

Ha habido falta de solidaridad, tal vez de una parte y de la otra. Todo eso debe enmendarse. Pero es difícil que todo eso se enmiende mientras los demócratas de América Latina no tengamos suficiente capacidad política para unificarnos en un solo esfuerzo, para estudiar una sola tesis lógica y razonable y presentársela a Estados Unidos, como aliados leales y altivos. Mientras andemos cada uno por su lado, contradiciéndonos los unos a los otros, no solamente dentro de cada país, sino dentro de la América entera; mientras demos ese espectáculo de división, no podemos esperar que se nos oiga.

Es la gran culpa nuestra. Pero, señores, la gran culpa de ellos, de Estados Unidos, es que no han asumido su responsabilidad como conductores de la causa democrática. Lo mismo han sido para ellos los gobiernos deshonestos y totalitarios, que los gobiernos representativos y justos. Mientras el movimiento comunista hace que cada individuo o cada grupo se sienta internacionalmente protegido y respaldado, ya esté en el gobierno, en la oposición abierta o en la lucha clandestina, los demócratas de América, en cambio han andado dispersos, sin brújula, y hasta han sido mal vistos por Estados Unidos, como simples agitadores, mientras no han alcanzado el poder. ¡Y el día que llegan al gobierno pueden apirar, a lo sumo, a ser gentes tan respetables como Somoza y como Trujillo!

La verdad es que la tragedia de la familia americana es grande. La verdad es que hay mucho que reclamar, de una parte y de otra, pero principalmente de parte de los pueblos latinoamericanos que están pobres y atrasados, mientras Estados Unidos está adelantado y rico. La verdad es que los pueblos latinoamericanos tienen hambre y sed de libertad, mientras Estados Unidos está harto de li-

bertad. Por eso no se dan cuenta de nuestras luchas.

La verdad es amarga, señores, pero hay que decirla. Casi no es necesario decirla a los pueblos latinos de América, porque la conocen y la viven. Casi no tiene objeto decirla directamente al pueblo de Estados Unidos, porque todavía no nos conoce. La verdad hay que decirla, con respeto y con lealtad, a sus dirigentes, a quienes tienen contacto con América Latina, ya sea en el gobierno, en las universidades, en la prensa o en los negocios.

Es ahí donde nosotros debemos martillar. Y ésa es, señores, la modesta contribución que nosotros, los hombres del Movimiento Liberación Nacional de Costa Rica, procuramos dar cuando visi-

tamos Estados Unidos. Hablar con los grupos dirigentes norteamericanos que tienen relación con América Latina, y decirles nuestra verdad. Presentar y oír quejas. Dar muestras de solidaridad, y reclamar justicia. Buscar en todos los momentos la verdadera igualdad entre los pueblos.

En actitud gallarda y noble, de pie y no de rodillas, avanzando sin arrastrarnos, los miembros pobres de la familia americana estamos hoy con los hermanos poderosos del Norte ante la amenaza que el comunismo soviético presenta, como estuvimos ayer contra el nazifascismo europeo y el militarismo japonés. Aquí estamos otra vez con la causa de la libertad. Es cierto que reclamamos justicia. Pero también es cierto que ofrecemos lealtad.

